



XI

## SIZIO DE MALLORCA

**A**

PENAS sobre los mares  
divisó la regia flota,  
sobre sus fuertes cimientos  
tembló de espanto Mallorca.

Acordó el Rey con los nobles  
arribar á Santa-Ponza,  
mientras Sánchez y Moncadas  
reconocían la costa.

Y hallándose en Panteleu  
Jaime con su hueste toda,  
llega á nado el moro Alí,  
á los regios pies se postra,

y dice en tono profético  
estas frases misteriosas:  
—Mi madre, que de los astros  
sabe las leyes recónditas,

me manda, Señor, decirte,  
que con letras luminosas  
leyó en el azul del cielo  
que serás Rey de Mallorca.—

Por buen augurio tuvieron  
las gentes supersticiosas  
la predicción halagüeña  
de la fechicera mora;

y Alí, que al Emir servía,  
de la ciudad y sus tropas  
dió indicios, que le valieron  
recompensa generosa.

Con gran prisa se congregan  
de Palomera en la costa  
los guerreros musulmanes,  
y, en tanto, hacia Santa-Ponza

doce galeras cristianas  
doce tóridas remolcan,  
bogando, con gran sigilo,  
de la noche entre las sombras.

Ni una voz suena en los barcos,  
ni un remo la mar azota;  
sólo en tal calma se escuchan  
las quillas que el agua cortan.

Cuando advirtió el enemigo  
la atrevida maniobra,  
ya estaba anclada en el puerto  
de los cristianos la flota.

Bernardo del Riu de Meya  
pisó el primero á Mallorca,  
tomó un pendón, y clavólo  
sobre un alto de la costa.

Los Templarios, los Moncadas  
y otros nobles, sin demora  
con setecientos infantes  
puesto en la colina toman;

y al llegar los sarracenos,  
tan escasa y brava tropa  
puso á cinco mil infantes  
y un escuadrón en derrota.

Cuando el valiente don Jaime  
desembarcó en Santa-Ponza,  
dióle Ramón de Moncada  
la nueva de la victoria.

Rigiendo el corcel de guerra  
grita el Rey con voz sonora:  
—Pues que la primer batalla  
sin Nós se ganó en Mallorca,

¿Quién nos sigue?—

A las monturas  
de sus caballos se arrojan  
veinte bravos mesnaderos  
sedientos de lucha y gloria;

parte el Rey con sus jinetes,  
á los infieles arrolla,  
y va sembrando el espanto  
al rayo de su tizona.

**CUANDO** en los labios de Oriente  
bañados de oro y de rosa,  
como sonrisa del cielo  
temprana asomó la aurora,

en la tienda del Monarca,  
que es de seda blanca y roja,  
con tapices orientales  
por colgaduras y alfombra,

ante un rico altar portátil  
de jaspe con anchas orlas  
de oro, en que grabó el orfebre  
las imágenes devotas,

entre inscripciones latinas  
perlas y piedras preciosas,  
y reliquias encerradas  
en vidrio ó cristal de roca,

En Berenguer de Palou,  
Obispo de Barcelona,  
celebra la santa misa  
pidiendo á Dios la victoria.

Barones y ricos-homes,  
ceñidas las férreas cotas,  
conmovidos y fervientes  
presencian la ceremonia.

Terminado el sacrificio,  
En Berenguer los exhorta  
á vencer ó dar la vida  
conquistando eterna gloria.

Luego, en las ungidas manos  
alza el prelado una hostia,  
y al Vizconde del Bearn,  
que al suelo la frente dobla,

brinda el manjar de los ángeles,  
que humilde Moncada toma,  
mientras dos ardientes lágrimas  
su aguerrido rostro mojan.

¿Qué siente el bravo Vizconde,  
que cual débil niño llora?  
¡Quizá algún ángel le anuncia  
que al fin de su vida toca;

que no volverá á su patria  
ni á los brazos de su esposa,  
ni verá el sol de otro día,  
ni gozará la victorial

Mas ya suenan los clarines,  
ya los tambores redoblan,  
ya relinchan los corceles  
mientras sus dueños los montan;

ya caminan los cruzados  
contra la grey de Mahoma,  
con las banderas tendidas  
y al són de guerreras trompas.

Delante van los del Temple  
con su enseña vencedora;  
sus espadas centellean,  
sus mantos al aire flotan

y en ellos se ven de lejos  
destacar las cruces rojas;  
parecen cisnes heridos  
que sangran del ala rota;

con ellos marcha Moncada,  
que el grito del alma ahoga,  
y junto al Conde de Ampurias  
el riesgo sereno afronta;

detrás cabalga don Jaime,  
que espera á Nuño y sus tropas,  
y al escuchar desde lejos  
el fragor de la discordia,

prorrumpe:—¡Santa María,  
ayúdalos, que ya chocan!—  
En esto llega don Nuño  
con su hueste numerosa;

sobre el forrado perpunte  
viste don Jaime una cota  
que un caballero le ofrece,  
y hacia el peligro se arroja.

En tanto, el Conde de Ampurias  
y los del Temple, en mal hora,  
por simular un ataque  
suben á vecina loma.

Solos entrambos Moncadas  
con Guillén de Mediona,  
resisten el fiero empuje  
de toda la hueste mora.

En vano de tantos golpes  
sus nobles armas se embotan;  
en vano el espanto siembran,  
en vano la muerte arrostran;

las duras mazas moriscas  
sus altos yelmos abollan,  
y entre un mar de hierro y sangre  
sus brutos heridos botan.

Muchedumbres de enemigos  
los aplastan, los destrozan;  
y aún los bravos campeones  
la ruda embestida afrontan.

En Guillén, muerto el caballo,  
la lanza en astillas rota,  
á pie y mal herido, aún blande  
la espada hasta el puño roja;

pero al peso de mil golpes  
la noble cabeza dobla  
el caballero de Cristo,  
y ya muerto se desploma.

Más allá, manando sangre  
por las mallas de la cota,  
yace Ramón de Moncada  
partida la frente heroica.

De los tres tan sólo queda  
En Guillén de Mediona,  
que de una piedra enemiga  
tiene deshecha la boca.

Loco de pena se aleja  
de aquel lugar que le asombra;  
mas, de pronto, encuentra al Rey  
que hacia el combate galopa.

—¿Por qué os volvéis?—dice Jaime.  
—Herido estoy en la boca,  
contesta En Guillén; el Rey  
la rienda al caballo toma,

y dice, airado, al jinete:  
—¿Y por tal rasguño torna  
la faz al riesgo el más hábil  
justador de Barcelona?

¡Volvéos á la batalla!—  
Con la noble faz, más roja  
del rubor de aquella afrenta  
que de la sangre que brota,

volvió el rendal y partióse;  
y por vindicar su honra  
se hizo matar en el campo  
En Guillén de Mediona.

Flotaba sobre la altura  
una enseña blanca y roja,  
á tiempo que sir Guilleumes  
pasó ante el Rey con su escolta.

—¡Don Nuño, vamos con ellos!  
dijo con voz imperiosa—  
don Jaime, que van sin orden  
y pronto irán en derrota.

Rui Ximénez de Luesia  
y Pomar las riendas toman  
al caballo del Monarca,  
y entrambos su marcha estorban.

—¿Por ventura, caballeros,  
soy yo fiera, á quien se doma?  
No soy león ni leopardo,  
soltadme: pues se os antoja,

me detendré... ¡Plegue al cielo  
que no os pese tal demora!—  
Llegó en esto Barberá,  
con faz turbada y ansiosa

llamó á don Nuño al combate,  
y el bravo Rey, con voz ronca,  
gritó:—¡Al campo, vive Cristo,  
que no habrá quien se me oponga!

—¡Cierto que león de armas  
el mundo entero os pregona;  
mas guardáos, rey don Jaime,  
que monstruos la guerra aborta!—

Clama Nuño, y sin oírle  
Jaime al combate se arroja;  
los cien bravos caballeros  
de su mesnada le escoltan;

y cuando ya los cristianos,  
replegábanse en derrota,  
gritan en medio las filas  
cien voces atronadoras:

—¡Ved la señera del Rey!  
Y en torno de ella se agolpan  
los desbandados guerreros,  
cuyo esfuerzo se redobla

ante el valor del Monarca,  
cuya enseña vencedora  
ahuyenta á los enemigos  
como ahuyenta el sol las sombras.

La masa de los cristianos  
á los infieles arrolla;  
más de dos mil sarracenos  
huyendo van en derrota:

y el noble don Nuño Sánchez  
dice al Rey con faz radiosa:  
—¡Bien haya vuestro ardimiento,  
que nos llevó á la victoria!—

**A**SENTADO está ya el campo  
frente á frente de Mallorca;  
las blandas auras marinas  
que rizan del mar las ondas,

mueven los frágiles muros  
de aquella ciudad de lonas,  
de mástiles y de cuerdas,  
de recamadas estofas,

de tapices y cendales,  
de postes y de maromas,  
de lanzas y de pendones,  
flámulas y banderolas;

que á orillas del mar parece  
bandada de gaviotas,  
que baten sus leves alas,  
á tender el vuelo prontas.

¿Por qué cruzan los reales  
tantas fúnebres antorchas?  
Dos veces el sol se ha puesto  
desde que alumbró la rota

del Emir, y los Moncadas  
hallaron muerte gloriosa;  
y á sepultar van sus cuerpos  
los que por sus almas lloran.

Las olas del mar golpean  
sin cesar contra la costa,  
como campanas dolientes  
que á muerto llorando tocan.

Los prelados, revestidos  
con albas, mitras y estolas,  
los del Temple con sus hábitos,  
los guerreros con sus cotas,

unos con hachas de cera,  
otros con rojas antorchas,  
se congregan tristemente  
junto á las cavadas fosas,

en torno de los cadáveres  
que yacen en rica alfombra,  
ceñidas las armaduras  
cubiertas de sangre y gloria.

Tienen por digna mortaja  
el pendón de Barcelona.  
¡Bien están bajo sus pliegues  
los que por su honor se inmolan!

Prelados y ricos-homes  
junto á los muertos se postran,  
y el dolor de que están llenos  
como un torrente desborda.

No se avergüenzan los bravos  
de aquel llorar que les honra;  
cuanto más grandes las almas,  
más tiernas, más generosas!

También el gallardo Jaime  
con el rostro oculto, llora;  
que el llanto, como las fuentes,  
surge también de las rocas.

Mas súbito, sacudiendo  
la rica melena blanca,  
como el león que despierta,  
levanta la faz hermosa:

—Barones, basta de llanto,—  
dice:—basta de congojas;  
que si el llanto no es mancilla,  
llorando el valor se agota:

con estos dos ricos-homes  
perdí más que una corona;  
¡darles quisiera la vida  
de mi propia sangre á costa!

Mas siendo aquesto imposible,  
ya que en Dios sus almas gozan,  
sepultemos sus cadáveres;  
y porque nunca esas fosas

profanen plantas infieles  
turbando el sueño de gloria  
de tan bravos campeones...  
¡conquistemos á Mallorca!